

EXISTENCIA
DE
TIERRAS HABITADAS AL OESTE DE LAS COLUMNAS DE HÉRCULES
NOTICIAS TRADICIONALES EN LA ANTIGÜEDAD (1)

I

EL PENSAMIENTO ANTIGUO

No hay duda alguna de la existencia, en la mente de los sabios griegos, ya de confusas adivinaciones, ya de tradiciones y leyendas que — deformadas al pasar de boca en boca por el solo vehículo de la tradición oral — solían cobrar forma permanente al ser expuestas en sus obras y propagadas en sus enseñanzas. El mar fué siempre para los antiguos una fuente perenne de encantadoras fantasías. Pobláronlo de monstruos espantables, tal como aquella ballena que tragara a Jonás en el relato bíblico, y de admirables seres, cual aquellas sirenas que en vano intentaron seducir al ingenioso Ulises. No es extraño, pues, que quisieran los sutiles griegos conocer el secreto que encerraban sus ondas hurañas.

El gran rapsoda Homero creía que en el océano occidental se hallaba el Eliseo, o valle de los bienaventurados, en el que éstos se paseaban exentos de vejez y de muerte. Pero, aparte de esta concepción metafísica de un retiro adecuado para aquéllos, encontramos en todo el mundo antiguo la preocupación de co-

(1) Monografía presentada en el Seminario de Historia americana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la educación.

nocer qué era lo que se hallaba en la inmensa zona de lo desconocido. Así, Eratóstenes creía que la tierra se dividía en cinco zonas: una de fuego, dos de hielo y dos templadas, y que estas dos últimas eran las únicas habitadas. Sin embargo, Estrabón, en su *Geografía*, agrega: « Dice Eratóstenes que si no fuera un obstáculo la colosal extensión del océano Atlántico, podría llegarse fácilmente por mar, siguiendo el mismo grado de latitud, desde la península ibérica hasta las Indias. La parte medida de ese grado comprende más de una tercera parte de la circunferencia terrestre. » Y no vacila en adelantar que en esa extensión se hallarían mayor número de partes habitadas (1). Es esta esperanza la que hace que Séneca profetice en los célebres coros de *Medea* (2) anunciando la aparición de nuevos mundos en el transcurso de los siglos, que quizá fueran aquellas tierras a que también se refiriera Macrobio (3). Estas islas legendarias, situadas al oeste de la columna de Hércules, deberían haber sido vecinas de la gran isla que descubrieron los fenicios y cuyo relato nos hace Diodoro de Sicilia (4).

Pero, no sólo se complacían los filósofos y los poetas (5) en estas descripciones de pequeños encuentros aislados. Aparte de ellos, encontramos en la antigüedad el relato de la existencia de tres grandes continentes. No se trataba ya de islas más o menos grandes, sino de colosales extensiones de tierra que merecían más bien la denominación geográfica que anticipamos. Eran ellas: la Merópida, el continente Croniano y la Atlántida. Tienen los tres de común la indeterminación de su posición exacta y constituyen la más sólida prueba de la perpetuidad de la creencia en la existencia de una gran tierra occi-

(1) ESTRABÓN, *Geographica*, tomo I, página 4, § 6; tomo I, página 64; tomo II, página 118.

(2) MARCO ENEO SÉNECA, *Medea*, acto II, coros, versos 376-380.

(3) MACROBIO, *Comentario al sueño de Escipión*, tomo II, página 9, tomado de Cicerón: *La República*.

(4) DIODORO DE SICILIA, tomo V, páginas 19-20.

(5) Véase SAAVEDRA, *Ideas de los antiguos sobre las tierras atlánticas* (conferencias del Ateneo); VIVIEN DE SAINT-MARTIN, *Histoire de la géographie, première période, Les temps anciens*, Paris, Hachette et Cie., ed. 1873.

dental. Además, el mito de la invasión de Grecia por los atlantes, que figura en el texto de Platón, se encuentra igualmente descrito por Sileno, el dios sabio, en el relato de Eliano (1). Pero — quizá con un sentido más profundamente filosófico, — en tanto que los habitantes de la Atlántida combaten con los atenienses y son rechazados, los makkinianos (pobladores de la ciudad guerrera de la Merópida) llegan hasta los pueblos hiperbóreos y al saberlos reverenciados por los hombres desprecian su conquista y desdeñan continuar más adelante (2). En cuanto al continente Croniano, y a pesar de la cantidad de elementos míticos de que le rodea la narración de Plutarco (3), ofrece al lector algunas interesantes sugerencias geográficas. Así, al par que nos refiere los imaginados detalles del culto de Saturno y de Hércules, nos indica el conocimiento de regiones boreales (4), a que también se refiriera Plinio (5).

II

LA LEYENDA DE LA ATLÁNTIDA

A esta leyenda hace referencia Platón en dos de sus diálogos magistrales: *Timeo*, o de la naturaleza, y *Critias*, o la Atlántida. Tienen ambos el encanto que emana de la prosa armoniosa y pulcra del gran filósofo idealista, mayor aún en el primero que no sufre el inconveniente de ser, cual el segundo, un esbozo inconcluso (6).

(1) ELIANO, *Histoires variées*, tomo III, edición Didot, página 329, capítulo XVIII.

(2) GAFFAREL, *Histoire de la découverte de l'Amérique*, tomo I, páginas 140-142.

(3) PLUTARCO, *De facie in orbe lunæ*. páginas 1151-1153, § 29, edición Didot.

(4) GAFFAREL, obra citada, tomo I, páginas 133-139.

(5) PLINIO, *Histoire naturelle*, tomo IV, página 15.

(6) PATRICIO DE AZCÁRATE, *Obras completas de Platón*, tomo VI, páginas 267-268, edición Medina y Navarro, Madrid, 1892.

En el *Timeo*, Critias, el joven dialogista, recuerda el relato que le hiciera el anciano de su mismo nombre, que lo recibiera de labios de Solón. Era « la historia del hecho más grande y de más nombradía » (1) que Atenas realizara, y Solón lo había conocido de un sabio sacerdote egipcio oriundo de Saïs, aquella ciudad que reverenciara a Neith, la diosa del Delta equivalente a la Minerva griega (2). He aquí sus palabras :

« Entre la multitud de hazañas que honran a vuestra ciudad, que están consignadas en nuestros libros, y que admiramos nosotros, hay una más grande que todas las demás y que revela una virtud extraordinaria. Nuestros libros refieren cómo Atenas destruyó un poderoso ejército, que, partiendo del océano Atlántico, invadió insolentemente la Europa y el Asia. Entonces se podía atravesar este océano. Había una isla situada frente al estrecho, que en vuestra lengua llamáis las columnas de Hércules (3). Esta isla era más grande que la Libia (4) y el Asia reunidas; los navegantes pasaban desde allí a las otras islas, y de éstas al continente, que baña este mar, verdaderamente digno de este nombre. Porque lo que está más acá del estrecho de que hablamos, se parece a un puerto cuya entrada es estrecha, mientras que lo demás es un verdadero mar, y la tierra que lo rodea un verdadero continente. Ahora bien, en esta isla Atlántida los reyes habían creado un grande y maravilloso poder, que dominaba en la isla entera, así como sobre otras muchas islas y hasta en muchas partes del continente. Además, en nuestros países, más acá del estrecho, ellos eran dueños de la Libia hasta el Egipto, y en la Europa hasta la Tirrenia. Pues bien, este vasto poder, reuniendo todas sus fuerzas, intentó un día someter de un solo arranque nuestro país y el vuestro, y todos los pueblos situados de este lado del estrecho. En tal coyuntura, Solón, fué cuando vuestra ciudad

(1) *IBID.*, *Timeo*, tomo VI, página 155.

(2) HERODOTO, tomo II, páginas 28-59-170-176. *Pausanias*, tomo II, página 36; CICERÓN, *De Nat. Deor.*, tomo III, página 23; PLUTARCO, *Sobre Isis y Osiris*, páginas 9-32-62. (Citados por Azcárate, t. VI, pág. 155).

(3) Actualmente el Estrecho de Gibraltar.

(4) Denominación que se le daba al África.

hizo brillar, a la faz del mundo entero, su valor y su poder. Ella superaba a todos los pueblos vecinos en magnanimidad y en habilidad en las artes de la guerra; y primero a la cabeza de los griegos, y después sola por la defección de sus aliados, arrojó los mayores peligros, triunfó de los invasores, levantó trofeos, preservó de la esclavitud a los pueblos, que aún estaban sometidos, y con respecto a los sitiados, como nosotros, más acá de las columnas de Hércules, a todos les devolvió su libertad. Pero, en los tiempos que siguieron a éstos, grandes temblores de tierra dieron lugar a inundaciones; y en un solo día, en una sola fatal noche, la tierra se tragó a todos vuestros guerreros, la isla Atlántida desapareció entre las aguas, y por esta razón hoy no se puede navegar, recorrer ni explorar ese mar, porque se opone a su navegación un insuperable obstáculo, una cantidad de fango, que la isla ha depositado en el momento de hundirse en el abismo (1).» Por último, en el diálogo que lleva su nombre, Critias hace remontar la fecha de la guerra a nueve mil años (2) y describe la antigua Atenas y la isla Atlántida, cuyos habitantes, dice, enervados por el exceso de bienes que les otorgaban los dioses, se abandonaron a la molición y merecieron el castigo. Este relato — el único de los platónicos que restó inconcluso — se suspende bruscamente en el momento en que Júpiter reúne a los dioses en consejo, « en la parte más brillante de las estancias celestes, en el centro del universo, desde donde se contempla todo lo que participa de la generación » (1), y toma la palabra para condenar a los atlantes.

Tal es la leyenda platónica de la Atlántida, que ha preocupado en todo tiempo a historiadores, filósofos y poetas. Nada ha sido más debatido que su verisimilitud y que su identidad con alguna parte del mundo conocido. No es extraño, pues, que algunos espíritus acostumbrados a rendir culto a la fantasía, hayan tratado de demostrar que la tradición era exacta. Para ello no vacilaron en forzar los datos de las diversas ciencias, obligándose a plegarse a la tesis aceptada de antemano. Era el

(1) AZCÁRATE, obra citada, tomo VI, páginas 159-160.

(2) *Ibidem*, página 272.

(3) *Ibidem*, página 291.

triunfo del apriorismo sobre la honesta especulación científica. Y el saber y la rectitud intelectual y moral no han sido óbice para que se perdiese por completo la visión científica del problema.

III

¿ LA ATLÁNTIDA ES AMÉRICA ?

Comencemos por admitir *hipotéticamente* la existencia de la Atlántida. ¿Cuál habría sido su emplazamiento? Ante esta primera cuestión es posible constatar la anarquía más absoluta de opiniones. Unos autores han dejado de lado las indicaciones del texto platónico, para ubicar este continente legendario en la propia Europa o en Asia y África (1). Así Rudbeck la ha instalado en Suecia, Høfer en la Alemania septentrional y Delisle de Sales en el Mediterráneo, en tanto que Kirchmaier y Jolibois elegían diferentes regiones del continente Negro, apoyados en parte por la autoridad de Berlioux que la encontraba en el África septentrional (2) y llegaba a relatar la historia de su monarquía. Latreille creía, en cambio, hallarla en la Persia, y la Palestina era aceptada, entre otros, por Van Eys, Olivier y Baër. Todas estas hipótesis se destruyen recordando que la leyenda establece expresamente que la isla desaparecida se encontraba al oeste de las Columnas de Hércules. El descubrimiento de América — situada en cierto modo — conforme a las indicaciones a que antes nos referíamos, suscitó en la mente de muchos estudiosos la idea de que al fin se hubiese hallado la isla famosa, y este pensamiento comenzó a exteriorizarse apenas se comenzaron a conocer, en forma algo segura, las particularidades del Nuevo Continente. Ya en 1553 el clérigo Francisco

(1) Para todas estas hipótesis arbitrarias, ver GAFFAREL, obra citada, tomo I, páginas 129-132; y GAFFAREL, *L'Atlantide*, en *Revue de géographie*, 1880. Para Bailly, la Atlántida sería Groenlandia, Islandia, Spitzberg y Nueva Zembla, unidas!

(2) BERLIOUX, *Les Atlantes, Histoire de l'Atlantis et de l'Atlas primitif*, París, edición E. Leroux, 1883; IBID., *La terre habitable vers l'Equateur, par Polybe*, París, 1884.

López de Gomara establecía la identidad de la Atlántida con América (1). Y esta opinión, lejos de rechazarse, fué aceptada por el orientalista de Postel y por los geógrafos Wytfliet y Lamothe Levayer. Por último, en 1689, Guillermo Sanson publicaba un mapa de América dividida entre los hijos de Atlas, y Roberto de Vaugondy hacía lo propio en 1748. Es posible que estas fantasías geográficas hayan aportado elementos a Stephens Blackett, para la hilarante genealogía de las razas de América, que propusiera solemnemente en el Congreso de americanistas que, en 1883, se reuniera en Copenhague (2). Y cabe recordar, como lo hace Benchat (3), que no fué sólo la Atlántida la que se pretendió encontrar en América — haciendo caso omiso de todo lo referente a su desaparición, — sino también el Continente croniano, de que hablara Plutarco, fué considerado por críticos de los siglos XVI y XVII, como un recuerdo de las tierras que descubriera Colón (4).

La leyenda platónica debe considerarse, en lo que respecta a sus principales características, como un todo indivisible. Si se la rechaza, debe hacerse de plano. Si se la acepta, no es posible que se consideren como verdaderas sólo ciertas partes de la misma y, al propio tiempo, se repudien otras tan importantes como las indicaciones de su ubicación o del fin catastrófico que tuviera. En tal disyuntiva, o se la considera simple recreación literaria de su autor, y en tal caso no pudo existir en parte alguna, o se la admite, y entonces no pudo ser ninguna de las tierras existentes. *Hipotéticamente* la aceptamos. Sigamos el análisis.

(1) GOMARA, *Historia general de las Indias*, 1ª y 2ª parte : Hispania Victrix, en *Historiadores primitivos de Indias*, Rivadeneyra, Madrid, edición de 1887, folio 119; VER AGUSTÍN DE ZÁRATE, *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú*, en *Historiadores primitivos de Indias*, quien sostiene, en contra de Gomara, que la Atlántida no es América, sino un continente desaparecido. Tal es, también la opinión de Oviedo.

(2) *Comptes rendus du Congrès des américanistes de Copenhague. The lost history of América*, página 139.

(3) BENCHAT, obra citada, página 36.

(4) HORNIUS, *De originibus americanis*, página 155; ORTELIUS, *De orbe terrarum*. (Citados por Beuchat.)

IV

¿ HA EXISTIDO LA ATLÁNTIDA ?

Abandonando el campo de las razones sentimentales, pueden examinarse pruebas científicas de diversos órdenes, para tratar de establecer la existencia de la Atlántida. Estas pruebas, que ya han sido sometidas en repetidas ocasiones a prolijos estudios, son las siguientes :

- 1ª Examen del fondo submarino y de la constitución geológica de los terrenos ;
- 2ª Determinación de la distribución de la fauna y de la flora ;
- 3ª Estudio de las similitudes etnológicas y fonéticas ;
- 4ª Confrontación de organización social, creencias y cultos, tradiciones y leyendas.

Procedamos a revisarlas rápidamente.

Primera prueba : Es indiscutible que, desde el momento en que se produjo lo que Edmond Perrier llama « el nacimiento » de la tierra, hasta nuestros días, grandes modificaciones se han producido en ella y millones de años han transcurrido antes de que se llegara a una relativa estabilización de sus elementos.

Los modernos estudios geológicos, apoyados en el conocimiento cada vez más perfecto de la topografía submarina, han permitido la constatación de numerosos cambios de la corteza terrestre. Al concepto estático de la creación bíblica ha sucedido el concepto dinámico que preconiza la ciencia.

En el comienzo de la era secundaria existían tres grandes continentes, nos dice Perrier (1) : el continente ártico (Escandinavia, Groenlandia y Canadá), el continente siberiano (Siberia y parte de China), y el continente de Gondwana (parte sur del África, América meridional, India y norte de Australia). Europa entera — exceptuando Italia, Balcanes y sur de Rusia que

(1) EDMOND PERRIER, *La terre avant l'histoire*, en *Bibliothèque de synthèse historique*, edición « La Renaissance du Livre » de París, 1920, capítulo II, página 27 ; ver planchas de páginas 397 a 400.

emergían como una isla — yacía bajo las aguas del mar transversal. En el período mesocretáceo, este mar a que aludimos — llamado *Mediterráneo central* por Neumayer, *Mésogée* por Douvillé y *Tethys* por Suess — y que formara en sus comienzos un vasto canal, continúa extendiéndose al sur de los continentes nordatlántico y sinosiberiano, produciendo una comunidad, en cuanto a la fauna marina, entre las regiones asiáticas y mediterráneas actuales. Entre ambos continentes cruza un brazo de mar que une a Tethys al océano Ártico, así como otro la comunica con la región de las Antillas, circunscribiendo en esta forma una especie de Atlántida (1). Por último, en la era terciaria, durante los períodos eogeno o nummúlico, parte de Europa y América del Norte permanecen unidas en un vastísimo continente. En cambio, el resto de Europa (Escocia, Irlanda, país de Gales, Bretaña y parte de España y Portugal) puede ser considerada como un archipiélago que no se modificara desde la era secundaria. Y estas islas, separadas entre ellas, y no totalmente, por pequeños brazos de mar poco profundos, se reúnen por intervalos y se unen « por una verdadera Atlántida » a la América del Norte (2).

Pero, basta recordar que el hallazgo prehistórico de mayor antigüedad comprobada que se conoce — me refiero al *Pithecanthropus erectus*, de Java, descubierto por Dubois en Trinil (1891-1892) (3), — se remonta apenas al comienzo de la era cuaternaria, y se le considera como un eslabón que uniera los antropoides con los homínidos, para comprender que esta Atlántida de Perrier nada tiene que ver con la platónica, y que el sabio naturalista francés sólo utiliza el nombre clásico para evocar en nuestras mentes las características de la evolución geológica prehistórica. Por otra parte, él mismo se encarga de rebatir el fin catastrófico de aquella tierra legendaria. En efecto, al referirse al lento trabajo de erosión que ejecutan actualmente los

(1) MARCELLIN BOULE, *Conférences de géologie*, página 134, París, 1911.

(2) EDMOND PERRIER, obra citada, página 33.

(3) V. GIUFFRIDA RUGGIERI, *Su l'origine dell'uomo*, páginas 78-81, N. Zanichelli, editor, Bologna, 1921; MARCELLIN BOULE, *Les hommes fossiles*, de Masson et compagnie, París, 1931.

mares, agrega : « Las cosas no han marchado más ligero antes, y la grandeza de los cambios efectuados se explica, no por esos espantosos cataclismos de que Cuvier da una tan grandiosa descripción en su discurso sobre las Revoluciones del globo, sino por la extrema largura de los períodos geológicos durante los cuales ellos se han cumplido... (1) » « El tiempo, agrega, ha sido el gran obrero de las transformaciones del globo. »

Si se examina un mapa de los fondos submarinos del océano Atlántico (2), se nota de inmediato un vasto continente determinado por picos principales que emergen sobre las aguas : Azores, Canarias, Antillas. El Gulf-Stream parece circundado. Esta enorme corriente marina simula un río que contornea, limitando una región. Ya Colón, en su tercer viaje, notaba que el grupo de las islas cercanas a Trinidad debía de haber formado parte del continente, y lo propio puede decirse de las de Tortuga, Margarita, Oruba, Blanquilla, Orchilla, Buenayre y Curaçao (3). Esto, y el sintomático aspecto de los golfos de Paria, Cariaco y Maracaibo, hablan bien claro de conmociones y transformaciones del terreno. Sin embargo — y a pesar de que La Florida, Luisiana y Tejas aparezcan como tierras rescatadas al agua, así como las cuencas del Amazonas y del Plata, y la Patagonia — el examen mismo del fondo del Atlántico parece oponerse a la creencia de un hundimiento de comarcas adyacentes al Brasil o a las Guayanas. En efecto, una especie de cresta saliente, una sierra sumergida, o para decirlo con Montessus de Ballore, « un geanticlinal submarino », corre a lo largo de su eje geográfico. Entre él y la América del Sur se encuentran grandes profundidades, en tanto que al este, en dirección a Europa, el fondo es mucho menos profundo, al igual que en el espacio comprendido por las islas Azores, Madera, Canarias y Cabo Verde, y es así cómo sólo en este recinto pudo hallarse la legendaria Atlántida (4). Y es curioso constatar que tal ha sido la con-

(1) PERRIER, obra citada, página 35.

(2) F. DE BOTHELA, *Mapa del océano Atlántico septentrional*, en *Mémoires du Congrès de américanistes de Madrid*, 1881; y *Boletín de la Real sociedad geográfica de Madrid*, tomo XV, 1884.

(3) GAFFAREL, obra citada, tomo I, páginas 15-17.

(4) FERNANDO DE MONTESSUS DE BALLORE, *La Atlántida de Platón*, en

clusión a que ha llegado Bory de Saint-Vincent, en el primer ensayo de carácter científico que, en plena revolución francesa, redactara sobre estas materias (1), al que acompañó gráficamente con una carta conjetural de la Atlántida, aunque sin fijar sus límites occidentales; trabajo que escribiera fundándolo en la geografía y ciencias naturales de su tiempo. Esta ha sido también, en cierta manera, la conclusión de que nos diera parte Novo y Colson, al referirse al banco sumergible, del tamaño de España, que sirve de base a las islas Azores, y que fué hundido por un temblor de tierra que separó a las Canarias de África (2). A las opiniones anteriormente expuestas corresponde agregar las que Lucas Fernández Navarro expresara en diversas oportunidades, con gran acopio de material erudito (3).

Aceptada, *provisoriamente*, como exacta la ubicación antes indicada, quedaría a resolver el siguiente problema: ¿En qué época habría ocurrido el hundimiento? Un geólogo especialista en las islas Canarias, Salvador Calderón (4), creía, conjuntamente con F. de Botelha (5), que la Atlántida había desaparecido en el terciario medio, y esta era también la opinión de Borsari (6), quien, en un magnífico ensayo, estimaba la existencia de aquélla en tiempos terciarios, pero no en los cuaternarios y menos en los protohistóricos e históricos. Es decir, llegaríamos siempre, en el mejor de los casos, a la existencia de una

Revista chilena de historia y geografía, tomo XVI, páginas 61-62, Santiago de Chile, 1915.

(1) BORY DE SAINT-VINCENT, *Essais sur les îles Fortunées et l'antique Atlantide*, Baudouin, editor, Germinal, IX, París.

(2) NOVO Y COLSON, *La última teoría sobre la Atlántida*, en *Boletín de la Real sociedad geográfica de Madrid*, tomo VII, 1879.

(3) FERNÁNDEZ NAVARRO, *L'état actuel du problème de l'Atlantide*, en *Revue générale des sciences pures et appliquées*, páginas 425-429, París, 1916; *Nuevas consideraciones sobre el problema de la Atlantis*, en *Revista de la Real Academia de ciencias*, tomo XV, número 9, Madrid, 1917.

(4) SALVADOR CALDERÓN, *Anales de la Sociedad española de historia natural*, tomo IV, 1875; *Actas*, tomo XIII, 1884.

(5) F. DE BOTELHA, *Boletín citado*.

(6) BORSARI, *L'Atlantide. Saggio di geographia preistorica*. « La Rinascenza », Nápoles, 1889.

Atlántida anterior a la aparición del hombre sobre la superficie de la tierra, es decir, a la existencia de algo completamente opuesto a lo que narra la leyenda.

Por otra parte, los frecuentes rastreos del fondo submarino, hechos en todas las épocas, no han permitido encontrar jamás resto alguno que permita conjeturar la posibilidad de la existencia de una civilización atlante. Por el contrario, nada se ha hallado a pesar de toda la actividad desplegada, lo que no ha impedido a Donnelly (1) solicitar a los gobiernos que envíen a « las escuadras ociosas » a retirar de los fondos oceánicos las maravillas que seguramente encierran!

Es interesante recordar, además, las opiniones que al respecto expresara Ameghino, el único verdadero sabio con que cuenta la tradición cultural de nuestro país. Estudiando comparativamente las faunas de mamíferos de diversos continentes, Ameghino llegó a sentar conclusiones muy interesantes de *paleografía general*, que no está demás recordar aquí. En efecto, partiendo de la base de la antigüedad de estas faunas en Sud América, dedujo que se habían difundido posteriormente gracias a comunicaciones terrestres existentes en épocas remotas y hoy desaparecidas, y que esta difusión se había interrumpido, en algunos casos, por la aparición de mares y océanos donde antes existieran tierras, llegando, en otros, a cerrarse el ciclo y aparecer de nuevo la especie en su *habitat* primitivo, con las modificaciones correspondientes. El estudio de la flora fósil del período pérmico (era paleozoica o primaria) le permite asegurar que Sud América formaba parte en su sección austral, conjuntamente con Australia, la India y África del Sur, del famoso continente de Gondwana. Ampliando su trabajo con los datos que le proporciona la fauna, establece que durante el período cretáceo inferior (era mesozoica o secundaria), existió una comunicación continental entre América del Norte y el continente etiópico-brasileño, formado con restos del continente de Gondwana, en el período jurásico superior de la misma era. Durante

(1) IGNATIUS DONNELLY, *Atlantis. The antediluvian world*. New York, 1882. (Conozco otra edición: Twenty-fourth edition. New York and London. Harper Brothers, publishers, 1899; y otra igual de 1900.)

el cretáceo superior el continente americano austral se extendía al este, uniéndose con África por una tierra denominada Arquelenis. Esta tierra era, para Ameghino, el centro del desarrollo de todos los mamíferos; partiendo de ella migraciones sucesivas que llegaron a Europa y Asia, atravesando el África y Australia, pasando por el polo antártico. En el período eoceno (era cainozoica o terciaria), el hemisferio austral, que formaba vastas masas continentales, se convierte en insular y la comunicación entre Sud América y África pierde gran parte de su amplitud. Europa, en cambio, se une con América del Norte. A fines del eoceno hundiéronse en el océano los restos de la comunicación de América austral con África (Arquelenis), quedando sólo sobre el nivel del mar las islas de Trinidad, Ascensión y Santa Helena. A fines del oligoceno (período subsiguiente al eoceno) se forma una nueva comunicación a través del océano, de la Guayana al Senegal, que persistió casi hasta el fin del mioceno (período subsiguiente al oligoceno), y cuyos postreros vestigios son las actuales islas de Azores, Madera y Canarias. Desde entonces (mitad de la era terciaria), no volvieron a existir comunicaciones, ni formaciones en el Atlántico, a modo de grandes islas o de continentes, que pudieran servir para tales fines. La *Atlántida* que Ameghino pudiera admitir, sería, pues, esta última formación guayano-senegalense de los períodos oligoceno y mioceno. ¿Pero podría tener ésta alguna de las características que la leyenda le atribuye en el relato platónico? Desde luego que no, ya que sería anterior a la existencia misma del hombre. Por otra parte, la forma misma en que Platón la hace desaparecer, no sería, sin duda, grata a nuestro sabio. En efecto, sabemos que Ameghino, inspirándose en las enseñanzas de Lyell, preconizaba el concepto evolucionista de la geología nueva, en contra del viejo criterio catastrófico. Recordaremos al respecto unas palabras escritas en mayo de 1876, en una memoria presentada a la Sociedad científica argentina, que pudieran pasar por una respuesta a los que aún creen en la existencia de la *Atlántida*. Dice así: « Ha de haber, sin embargo, algunos que abriguen sus dudas, y ellos han de ser los que tienen propensión a creer en lo maravilloso, razón por la que se muestran más partidarios de la antigua geología que

supone haber habido grandes cataclismos, repentinos sublevamientos, destructoras y devastadoras inundaciones, catástrofes tremendas en que perecían millones de seres animados, momentáneas extinciones e imprevistas creaciones de centenares de especies de animales, que de la geología moderna que todo lo explica por medio de la acción prolongada durante millares de años de las mismas causas que actualmente están modificando la superficie de la tierra, sin necesidad de tener que recurrir a esas grandes catástrofes y cataclismos maravillosos que nos pinta la antigua geología, más dignos de ser presentados como hijos de una imaginación poética que como hipótesis verdaderamente científicas (1) ».

Segunda prueba : Podemos adelantar que la combinación o grupo Azores-Madera-Canarias-Cabo Verde, que es la presuntiva y más racional ubicación de la Atlántida, « constituye una provincia zoogeográfica y fitogeográfica bien definida (2) ». Y estudiando la flora y la fauna, Fernando de Montessus de Ballore, llega a la conclusión de que primero se efectuó la separación de la Atlántida del África ecuatorial, luego de las Antillas, por último de la Mauritania y península ibérica, es decir, de la provincia biológica del Mediterráneo (3). Pitard y Proust (4), y Paul Lemoine (5), han comprobado que algunas de las plantas que se encuentran en las Canarias desaparecieron de Europa en la era terciaria, y este último llega a la conclusión de que la separación de la Atlántida del África se habría realizado después del período pleistoceno, en épocas netamente prehistóricas. Fournier (6), estudiando los helechos de Méjico, en comparación con

(1) AMEGHINO, *Obras completas*, tomo II, n° 6 ; reproducido por INGENIEROS, en *Las doctrinas de Ameghino*, página 29, Buenos Aires, 1919.

(2) MONTESSUS DE BALLORE, obra citada, página 64.

(3) *Ibidem*, páginas 64-65.

(4) PITARD y PROUST, *Les îles Canaries. Flore de l'archipel*. Klincksieck, editor. París, 1908.

(5) LEMOINE, *La flore des îles Canaries et la theorie de l'Atlantide*, en *La Geographie*, tomo XX, número 1, 1909.

(6) E. FOURNIER, *De la distribution géographique des fougères du Mexique*, en *Société botanique de la France*, página 52, julio de 1869.

los de Europa, deduce la hipótesis de un continente intermedio, la Atlántida; y estas opiniones han sido luego bastante aprovechadas.

Roberto Schaff analiza, comparativamente, las faunas europea y americana y considera probado que la conexión América del Sur-África es anteterciaria, y que la conexión América del Norte-Europa es solamente terciaria. Por su parte, Louis Germain (1) establece dos grupos de faunas : el del golfo de Guinea, de carácter africano-ecuatorial; y el del archipiélago del Atlántico-norte, sin relación alguna con la fauna africana. Deduce después que dicho archipiélago estuvo unido a un continente vinculado a Portugal y Marruecos, y acaba aceptando la idea de que el hundimiento de la Atlántida ha sido posterior al del continente afro-brasileño que ocupaba el sitio en donde hoy se halla el Atlántico meridional. Germain termina analizando el valor stratigráfico de los moluscos que se encuentran en las capas terrestres, y concluye con la aserción de que la Atlántida desapareció al fin del período neolítico. Esto constituye una grave falta del estudio de este autor, puesto que los modernos estudios en materia prehistórica han demostrado que el período neolítico varía al pasar de una comarca a otra, ya que no significa más que *un estado evolutivo de la industria prehistórica* : el de la piedra pulida. Tanto es así, que los más avanzados generalizadores estiman útil el agregar a la designación de *tipo* de industria — con mayor razón aun en el caso de *ciclo* — un nombre geográfico que permita la localización (2). Veamos, aún, la opinión de un maestro de la prehistoria : « Puede ser que por la Atlántida, o por alguna otra tierra desaparecida, dice Jacques de Morgan, el nuevo mundo correspondiese con nuestra Europa. No faltan, sobre nuestro globo, regiones cuyas afinidades zoológicas con otras tierras nos invitan a unir por el pensamiento entre ellas, o a continentes desaparecidos

(1) LOUIS GERMAIN, *Le problème de l'Atlantide et la zoologie*, en *Anales de Géographie*, número 123, mayo de 1913.

(2) JACQUES DE MORGAN, *L'humanité préhistorique. Esquisse et préhistoire générale*, página 32, en la *Bibliothèque de synthèse historique*. « La Renaissance du livre », París, 1921.

en tiempos poco alejados. Pero el velo de la ignorancia no oculta todavía las transformaciones de la superficie terrestre contemporáneas a la existencia del hombre (1). » Así, pues, la distribución de la fauna y de la flora europea y americana, si tienden a demostrarnos la unión de ambos continentes en épocas muy remotas, nada pueden determinar, en forma substancial, en favor de la tesis de la existencia de la Atlántida platónica.

Tercera prueba : El abate Brasseur de Bourbourg — cuyas conclusiones es necesario tomar siempre en cuenta con beneficio de inventario — ha encontrado similitudes entre ciertos dialectos indígenas americanos (katchikele, quiché y zutigile) y los idiomas danés, alemán, inglés (2). Sin embargo, ello no autoriza a declarar « que las lenguas de Méjico y de la América Central han tomado sus elementos componentes de las mismas fuentes que las llamadas indo-europeas (3) ». De igual manera, José Pérez, el ilustre lingüista, ha encontrado relaciones notables entre los dialectos americanos y el sánscrito (4). Estas concordancias fonéticas y otras muchas, que no siempre se han constatado con la debida seriedad, no llevan, por el momento, a ninguna solución efectiva del problema planteado. Y, a estar a la época en que racionalmente puede creerse que desapareció toda unión entre Europa y América, sería más fácil hallar los cinco o seis sonidos primordiales del antropeide precursor, que el idioma compuesto, de alfabeto fonético, que algunas fantasías desorbitadas han atribuído a « los atlantes ».

En cuanto a la etnografía — y apartándonos de las imaginarias deducciones que establecen *a priori*, para americanos y europeos, un tronco común, — podemos recordar la historia de rudas conquistas, de emigración colectiva desde regiones indeterminadas y de cruentas luchas que nos narra el *Popol Vuh*,

(1) JACQUES DE MORGAN, obra citada, páginas 20-21.

(2) BRASSEUR DE BOURBOURG, *Notes d'un voyage dans l'Amérique centrale*, página 29; *Grammaire de la langue quiché*, páginas 12-167-246.

(3) BRASSEUR DE BOURBOURG, obra últimamente citada, página 11.

(4) JOSÉ PÉREZ, *Revue Américaine* (nouvelle serie), número 5, página 307.

libro sagrado de los quichés, hallado a fines del siglo XVII por el dominicano Francisco Ximénez en el pueblo de Santo Tomás Chichicastenango. Traducido por éste al español y por el doctor Scherzer al alemán (1), no fué muy estudiado y conocido, hasta que en 1861 el abate Brasseur de Bourbourg, de quien hablábamos hace un instante, lo tradujo al francés y comentó extensamente (2). El comentarista veía en él la base para alterar todo lo sabido en materia de historia de los orígenes americanos, pero, aunque no fuera tan magna su importancia, siempre debería agradecersele la divulgación de esta Biblia americana que describe las penalidades de todo un pueblo en marcha para fundar un imperio. Y el elevado tono del relato trae el recuerdo de los sufrimientos del pueblo judío camino de la tierra prometida. Esta narración parece pertenecer al siglo X u XI. Aquel pueblo parte del oriente y continúa su viaje hasta que un obstáculo, aparentemente insalvable, se presenta. «Entonces llegamos al borde del mar. Allí estaban reunidos todos los guerreros de las siete ciudades; vimos perecer a muchos devorados por la angustia. No hay como pasar, decían los guerreros, y jamás se ha oído decir que se haya pasado por encima del mar... Ahora bien, había un bosque de árboles rojos (3), de los cuales habíamos tomado unos bastones pasando delante de los árboles de Tulan (4). Con las puntas de esas maderas nos empujamos lejos de la arena, adentro del mar... entonces se manifestó la inmensidad arriba y abajo. Cuando, después de esto, volvieron a ver la arena adentro del mar, todos se llenaron de alegría (5)!» Los toltecas llegan luego a unas tierras que por su descripción parecen ser la Groenlandia y de allí pasan al Labrador y bahía de Hudson, conduciendo sus divini-

(1) Viena, 1856.

(2) BRASSEUR DE BOURBOURG, *Le livre sacré et les mithes de l'antiquité mexicaine*, 1861.

(3) Según Gaffarel (t. I, pág. 421) sería el abeto, tan abundante en los bosques septentrionales de Europa.

(4) La capital de su país de origen.

(5) Sobre el punto y la leyenda de Procopio que se vincula a él, ver GAFFAREL, tomo I, páginas 418-427.

dades y construyendo ciudades. La vida en estas regiones no les agrada y continúan su viaje hacia el sur, invadiendo el poderoso imperio de los Chichimecas, a los que vencen después de una lucha terrible, más o menos en la época en que el feudalismo reemplazaba en Europa a las viejas monarquías. Esta emigración del pueblo tolteca recuerda y coincide con la de los hérulos de que nos habla Procopio (1), y su capital, Tulan, parece corresponder a la antigua Thule de aquéllos. Con todo, esta similitud, así como la diferencia de pigmentación entre los diferentes pueblos de América notada de antiguo por los cronistas, no son más probatorias de la existencia de la Atlántida, que todo lo anteriormente examinado. Y los hérulos — de ser tales los descendientes toltecas, cosa aún no probada — no habrían tenido necesidad del continente intermedio para llegar a América.

Otra argumentación etnológica es la ofrecida por Belisario Díaz Romero, estudioso boliviano, quien razona en la forma siguiente : « Demostrado como está que la raza de cabeza alargada, la más antigua de Europa, es la misma que aparece en América, en la propia etapa preglacial...; entrando al debate la cuestión de saber cómo vino de Europa dicha raza primordial, o si, al contrario, fué de América a Europa, o si, más bien, los dos continentes fueron primitivamente poblados por una raza procedente de alguna región *vecina* a ambos, como era el África, o *intermedia* como fué la Atlántida... No existiendo la navegación no pudo ir el hombre de Europa a América o viceversa. América estuvo unida a Europa por la parte *norte oriental*... ambos continentes tenían un cinturón terrestre, especie de hueso sacro que reuniera dos caderas. La *Atlántida* era ese vínculo de unión continental (2). »

Esta opinión es inexacta por dos razones : primero, porque aún nadie ha demostrado que los primitivos dollicocéfalos europeos pertenezcan a *la misma raza* que los americanos ; y segun-

(1) PROCOPIO, *De Bello Gothico*, tomo II, página 15 (Bizantine, pág. 205). (Citado por Gaffarel.)

(2) BELISARIO DÍAZ ROMERO, *Un continente desaparecido*, capítulo IV, páginas 49-50, 2ª edición, Arnó hermanos, editado en La Paz, 1920.

do, por que ya sabemos que de haber existido la Atlántida, como entidad geográfica, habría desaparecido mucho antes de la aparición del hombre sobre la superficie de la tierra.

Cuarta prueba : ¿Es posible ver derivados de la organización social, cultos, tradiciones y leyendas europeas en América, antes del descubrimiento hecho por Colón? Muchos historiadores lo han intentado, con pruebas más o menos fehacientes, y han llegado a perder la seriedad y buena fe que caracteriza a toda controversia verdaderamente científica. La posibilidad de una predicación de Santo Tomás en América — bajo el nombre de Pay Zuma, Tuma o Abara — ha provocado enojosos incidentes en los congresos de americanistas de Luxemburgo y Copenhague. Y la existencia de Quetzalcohuatl — a quien Beauvois supuso un predicador irlandés — ha hecho correr mucha tinta. Los hallazgos de cruces en la isla de Columel (1) y en Yucatán, y el molde para hacerlas encontrado en Palenque, así como la existencia, entre los mejicanos, de ritos similares a los del culto católico — bautismo, comuniór, confesión, utilización del agua bendita, maceraciones, celibato entre los religiosos, plegarias iguales, — merecen una atención particular. No es posible ya afirmar, como lo hicieron los misioneros que de ello tuvieron conocimiento, la intromisión del diablo en estos asuntos (2), o como parece tentado de hacerlo su primer descriptor: Sahagun (3). Pero, resulta igualmente abusivo para explicarlos, el recurrir a la socorrida leyenda de la Atlántida (4).

(1) LAS CASAS, *Historia de las Indias*, tomo V, página 453.

(2) ACOSTA, *Histoire naturelle des Indes*, libro V, páginas 209-273.

(3) SAHAGUN, *Histoire des choses de la nouvelle Espagne* (traducción francesa de Jourdanet).

(4) ARTURO CAPDEVILA, *El testimonio de Platón*, en *Boletín de la Facultad de derecho y ciencias sociales de Córdoba*, página 175, agosto de 1922, año II, tomo I, y en revista *Atenea*, La Plata, tomo I, páginas 69-83. Los poetas pueden decir todo lo que quieran, a condición, naturalmente, que sólo se ocupen de poesía; pero es forzoso exigirles la preparación técnica indispensable cuando aspiran a presentarse como hombres de ciencia. La leyenda que Platón relata es muy bonita, y el que no se pueda probar su exactitud en nada afecta su valor literario, que es el único que por el

Por otra parte, existe un conjunto de tradiciones similares. Los « guanches » de Canarias — en los que algunos autores han creído ver un retoño de la vieja raza atlante — recuerdan la tradición del Diluvio, lo mismo que numerosos pueblos indígenas del nuevo mundo. Aquellos mismos primitivos pobladores de Canarias creían que eran los únicos hombres que hubiese sobrevivido a tal catástrofe y fué grande su admiración cuando se estableció la comunicación con otros países. El recuerdo del Diluvio que, con pequeñas variantes locales, subsistía, como hemos dicho, entre los diversos pueblos de América, se presta a extrañas sugerencias. A mayor abundamiento, algunos autores refieren la llegada de hombres extraños que huían de una catástrofe espantable, el hundimiento de la tierra en que vivieran, o el avance del mar que todo lo arrasara. Todo esto, recordado con frecuencia por los cronistas del descubrimiento, ha sido interpretado como un recuerdo del hundimiento de la Atlántida. Y, aparte de ser ésta una hipótesis fácilmente acusable de fantástica, sería el caso de asombrarse de la tenacidad de la memoria colectiva, como lo hiciera Van Gennep al referirse a los pueblos de pigmeos africanos (1). Y nada impide creer que estas inundaciones no sean únicamente locales y no tengan, por lo tanto, relación alguna con la leyenda bíblica del Diluvio ni con la platónica de la Atlántida (2). Sólo una mente predispuesta establecería fácilmente la relación con aquéllas.

V

LIBROS DISPARATADOS CON RESPECTO A LA ATLÁNTIDA

Hemos visto que el examen imparcial de las conclusiones que arrojan las diversas ciencias consultadas, es aún prematuro para admitir la posibilidad de la existencia de la Atlántida de

momento posee. Es lástima que Capdevila encare el asunto con criterio de poeta y quiera fundarlo en datos científicos erróneos.

(1) Van GENNEP, *La formation des légendes*, página 157, E. Flammarion, editor, París 1912.

(2) *Ibidem*, páginas 83 y 84.

que hablara Platón. La sola tierra que pudiera haber existido tendría características muy diferentes que las de la leyenda que relatara Critias. En último caso, «nuestra ignorancia de las causas de la repartición de los hombres sobre el globo es absoluta (1)».

Sin embargo, ha habido autores que han deseado demostrar a todo trance su existencia. Para ello han barajado vagas noticias de que les proveían las ciencias positivas, o han recurrido a intuiciones metafísicas. En el primer caso se encuentra la obra de un historiador brasileño, el doctor Jaguaribe (2) y la de un lingüista y filólogo argentino, el señor F. de Basaldúa (3). En el segundo, la de un teósofo inglés, Mr. W. Scott-Elliot (4) y la de un francés M. Michel Manzi (5). Todas merecen el calificativo que el título de este capítulo les otorga.

El doctor Jaguaribe acepta el texto platónico por peregrinas razones. Así, nos dice que el estilo de los edificios descritos por Platón es parecido a los de Méjico. Si el relato de éste fuera imaginario deberían más bien parecerse aquéllos a los del Viejo mundo. No era posible que el filósofo griego pudiese dar una información tan precisa sobre la anchura y extensión de una región de la tierra sin que sus datos fuesen verdaderos. *Ergo* las descripciones de Platón hacen fe (6)!

Más adelante (7), nos dice que M. G. Courty en una conferencia dada ante las sociedades sabias de París — sin poder pre-

(1) JACQUES DE MORGAN, *Obra citada*, página 22

(2) DOCTOR DOMINGO JAGUARIBE, *L'Atlantide et l'histoire du Brésil jusqu'a la fin du XVI siècle*. Societé académique d'histoire internationale, París, 1913.

(3) F. DE BASALDÚA, *Memoria sobre la raza roja en la prehistoria universal*. Thacker, Spink and Co., editores, Calcuta, 1911.

(4) W. SCOTT-ELLIOT, *L'Histoire de l'Atlantide* (traduit de l'anglais); editions Rhéa, París, 1922. Existe una edición en español, *Historia de los Atlantes*, Mainadé, editor, Barcelona, 1911.

(5) MICHEL MANZI, *Le livre de l'Atlantide*. Maurice Glomeau, editeur, 1922.

(6) JAGUARIBE, *Obra citada*, página 52.

(7) *Ibidem*, página 54.

cisar mayores datos respecto a la fecha en que ocurriera dicho acto — ha declarado que, « tanto en Tiahuanaco como en Yucatán, se está en presencia de civilizaciones indias anteriores a la época neolítica, caracterizada en América por el empleo de los metales del país ». Imaginamos la estupefacción de los graves miembros de las « Societés savants », ya que no se puede decir más infundios en menos palabras. Todos sabemos que antes de la época neolítica o de la piedra pulida, está la de la época paleolítica o de la piedra tallada, que equivale a los albores de la humanidad, inconciliable con las manifestaciones avanzadas de cultura que caracterizan a las civilizaciones maya y de Tiahuanaco; y que si en Europa se caracterizan los estados de cultura con las designaciones de edad de piedra, de bronce y de hierro, en cambio en América corresponde substituir esas dos últimas designaciones por una sola: de los metales, es decir, que en América nada tiene que hacer el período neolítico de la edad de la piedra con la edad de los metales, que es la única en que éstos se emplean. Por otra parte, ya sabemos que no es científico hablar de un período neolítico para toda la América, sino de diferentes períodos, no concordantes en el tiempo, y con referencias a pequeñas áreas geográficas. Pero todas esas cosas, que todo el mundo sabe, las ignoran Courty y Jaguaribe!

Prosiguiendo la lectura, nos enteramos de que « egipcios y americanos provienen de la Atlántida; unos y otros eran los sobrevivientes de esa magnífica *raza roja* que ha sido la soberana del mundo antes que el cataclismo que ha sacudido la tierra (1). » Luego se nos sorprende con la nueva de que la Atlántida no es otra cosa que la isla de Creta (2), pero es por poco tiempo. Más adelante (3) sabemos que un gran territorio había debido existir, uniendo África al Brasil actual y englobando la parte del Chaco Atlántico en la parte de las Azores, Canarias y Mar de Sargazos; y que, en cierto momento (el autor no dice en cual), ha debido producirse un cambio de razas, productos e ideas. La desaparición es anterior a la época histórica. Los estudios sis-

(1) *Ibidem*, páginas 65-66.

(2) *Ibidem*, páginas 70-72.

(3) *Ibidem*, páginas 233-234.

mológicos y astronómicos, enseña Jaguaribe, nos llevan a aceptar la hipótesis de que desapareció en *la época del diluvio*. Con lo que nos parece que el doctor Jaguaribe está un poco atrasado en nomenclatura científica, pues bien está que Boucher de Perthes hablara en 1850 de *les assises du diluvie*, pero no que lo repita en 1913 el fantástico historiador brasileño. Llegando ya a las conclusiones de su extraño y contradictorio trabajo, profesa el autor: « Hemos analizado esta teoría interesante (se refiere a la que considera a la isla de Creta como Atlántida) y la juzgamos tan hipotética como la existencia de la Atlántida. En cambio, los relatos de la Biblia con respecto a los viajes de Salomón al río Amazonas nos parecen, al contrario, muy posibles y nada extravagantes »!

Como si el libro de Jaguaribe no tuviese, con lo expuesto, suficientes contradicciones, encontramos en él, junto al texto puramente histórico (?), apreciaciones de política militante, perfectamente fuera de lugar. Así, nos dice: « Nos parece que ahora la cuenca del Amazonas es deseada por los Estados Unidos; pero las mismas defensas naturales de esta región están todavía allá, y la naturaleza velará para impedir lo que a menudo la cobardía de los hombres puede permitir. Lo que Salomón no ha llegado a poseer, Moloch no lo obtendrá. La *Victoria Regia* puede florecer en paz. Esta flor gigantesca es el símbolo de esta región. Este espécimen de la flora de un mundo de titanes, parece haber tenido su origen durante el período prehistórico. Reina es de la flora, como el Amazonas es el Rey de los ríos. Si la Grecia hubiera conocido estas plantas gigantes de la naturaleza, ella las habría simbolizado por una alegoría mitológica: una ninfa enamorada de un dios y transformada en flor por una diosa celosa. ¿Sería justo que América del Norte esperase el momento propicio de nuestro desfallecimiento para apoderarse del Amazonas? No lo creemos. Pero si así fuera, desgracia para ella! El Amazonas no puede pertenecerles más que el día en que el águila norteamericana tenga alas de una envergadura bastante grande como para cubrir la *Victoria Regia* (1). » Y que el lector saque las consecuencias !...

(1) *Ibidem*, página 80 a 81.

Es igualmente digna de mención la *Memoria sobre la raza roja*, que el señor F. de Basaldúa publicara en Calcuta. Este autor intenta demostrar la existencia de una civilización atlante desaparecida y cuyos retoños serían los vascos, los egipcios, los pieles rojas. Toda la obra se funda en la semejanza de diversas palabras: sánscritas, eskaldunas, americanas, y demuestra cómo los datos de una sola ciencia, tomados en materia tan compleja, e interpretados con criterio tendencioso, pueden llevar a resultados absolutamente insospechados. La *Memoria* está destinada a ser revisada por los sabios brahmanes y sirve de antecedente para una «obra definitiva» con que su autor amenaza. Entre otras bellezas que su texto encierra, recordaremos las siguientes: El crecimiento del espesor de las formaciones coralinas lleva a establecer que hacen 55.000 años que se hundió el continente austral, «patria de los hombres de raza roja», catástrofe que aún se recuerda con el nombre de Diluvio Universal (1). El pensamiento humano podrá, dentro de poco, registrarse como en un fonógrafo (2). Adán era de raza roja, no semita (3). Los rojos emigraron en navíos con brújula (4). La reina de Bórneo era la reina de Saba que visitó a Salomón (5). Los rojos poseían instrumentos ópticos, equivalentes a los modernos telescopios europeos, y los guanches, sus descendientes, conocían la esfericidad de la tierra (6). «Los demonios fueron los Rojos benefactores de los antiguos griegos, los dioses de la Edad de Oro, mientras que el Diablo representa en el recuerdo del blanco, la supremacía del negro etíope, bajo cuyo látigo trabajó durante largos siglos en las minas de la cordillera caucásica (7)!» El autor de esta curiosísima memoria tiene tal respeto por la etimología que llama *Adioso*, a Dios y *Nabu-leone* a Napoleón (8)! Sólo nos es posible, dada la brevedad del espa-

(1) F. DE BASALDÚA, Obra citada, página 22.

(2) *Ibidem*, página 25.

(3) *Ibidem*, página 30.

(4) *Ibidem*, página 31.

(5) *Ibidem*, página 89.

(6) *Ibidem*, página 97.

(7) *Ibidem*, página 134.

(8) *Ibidem*, páginas 121 y 189.

cio que podemos dedicarle, recordar las justas críticas que, en su oportunidad, le dirigiera el doctor Estanislao S. Zeballos.

El librito de Scott-Elliot — que el poeta Capdevila calificara de « ensayo » y considerara seriamente por sus pruebas positivas, sin referirse a otras « de puro valor religioso » (1) — es ante todo una demostración de la omnipotencia del poder teosófico. Precedido de una composición poética del reputado mago Stanislas de Guaita acerca de la Atlántida, y de un prólogo de A. P. Sinnet respecto a los procedimientos para hacer el libro, presenta en las primeras 40 páginas un resumen, por demás fragmentario y tendencioso, de los datos procurados por las ciencias. Pero esto es sólo un punto de arranque, « un procedimiento preparatorio » (2), para decirlo con Sinnet, y sólo los datos que el conocimiento teosófico aporta pueden hacer adelantar a la humanidad y dar la clave de numerosos problemas hasta ahora no resueltos. Y esto es, implícitamente, un reconocimiento de que las ciencias positivas no pueden, por el momento, demostrarnos la existencia de la Atlántida.

El resto de la obra se dedica a describirnos cómo era « la sociedad atlante ». Por ella sabemos que el oro no tenía valor adquisitivo, ya que era producido a voluntad por los alquimistas atlantes por medio de la transmutación de los metales y sólo se utilizaba como elemento artístico (3). Quizá como una consecuencia de esto no existía moneda ni dinero de Estado. Cada uno fabricaba en aquellos felices tiempos su dinero, pero « ninguno estaba autorizado a fabricar más dinero del que podía representar el equivalente de los bienes que poseía. » (4) Claro está, que entre gente imperfecta, como la actual, ese sistema se hubiese prestado a continuos y escandalosos latrocinios y el más rico habría sido el que inventase el procedimiento mejor para hacer en menor tiempo mayor número de monedas, pero este pequeño defecto del sistema se subsanaba entre losatlan-

(1) ARTURO CAPDEVILA, *Boletín*, etc., página 171.

(2) SCOTT-ELLIOT, *Ob. cit.*, prólogo de Sinnet, página 2.

(3) *Ibidem*, páginas 75-76.

(4) *Ibidem*, página 96.

tes porque «el poseedor de esas piezas tenía el medio de conocer muy exactamente los recursos de su deudor, gracias a la facultad de clarovidencia que todos poseían entonces en cierto grado.» (1) Sin embargo, la corrupción llegó y hubo necesidad de variar de método, emitiendo dinero del Estado. Y el poder teosófico es tan grande, que llega a hacernos saber que «la imagen representada generalmente sobre las monedas del Estado en la triple montaña que se apercibía de la gran capital situada al sur.» (2) Esto demuestra que aquel sistema de cartas vistas del comienzo no pudo seguir durando, y que la picardía de una parte de los habitantes del continente desaparecido fué — como ocurre hoy en los continentes que aún subsisten — mayor que las facultades adivinatorias de la otra parte. Este detalle no es el único que acerca de la organización atlante nos ofrece el libro, por el contrario. Así sabemos, por ejemplo, que «las mercaderías en venta no eran jamás expuestas en las calles, como se hace hoy», (3) y que «en los últimos días de Poseïdonis existían varias lenguas completamente distintas, perteneciendo todas, sin embargo, al tipo aglutinante.» (4)

Los atlantes poseían, como ha podido averiguar el señor Scott-Elliot, una cultura mucho más avanzada que la nuestra. Podían transformar a voluntad los animales (5) y acelerar, por medio del calor y de la luz coloreada, el desenvolvimiento de las especies. Poseían la imprenta (6) y habían decretado la ley seca (7). Combatían en la guerra con gases asfixiantes (8) y producían la lluvia a voluntad (9). La sabiduría de los hombres atlantes se reconocía de mil maneras, así «en la época tolteca, la mayoría de los hombres no tenían más que una sola mujer,

(1) *Ibidem*, página 96.

(2) *Ibidem*, página 97.

(3) *Ibidem*, página 74.

(4) *Ibidem*, páginas 77-78.

(5) *Ibidem*, páginas 81-83.

(6) *Ibidem*, página 94.

(7) *Ibidem*, página 95.

(8) *Ibidem*, página 96.

(9) *Ibidem*, página 93.

bien que la ley permitiese entonces dos » (1). Por último, aquellos seres privilegiados conocían la aviación, aunque no todos la pudiesen utilizar. « Los esclavos, los servidores y los artesanos viajaban a pie, o montaban sobre carros ligeros de pesadas ruedas y enganchados con animales extraños. Los barcos aéreos eran lo que son, en nuestros días, los equipajes o mejor los yates, relativamente al número restringido de personas que les poseían, pues fueron siempre muy costosos. » Y es al relatar cómo eran estos barcos aéreos y cuáles eran las dificultades técnicas que presentaban, que el libro adquiere, con más precisión, el aspecto vertiginoso de las disertaciones de algunos locos razonantes.

La obra se acompaña de cuatro mapas en colores que presentan las fases más salientes de la desaparición de la Atlántida; uno de ellos fué reproducido por Sux en el comentario que sobre la parte científica (40 primeras páginas) del libro publicara en *La Prensa*, absteniéndose de comentar el resto « por falta de preparación » (2). En efecto, Scott-Elliot rebate a Platón la forma en que hace desaparecer a su Atlántida, y habiendo creado él otra, con todas sus piezas, tiene el derecho de destruirla en la forma que quiera. Lo hace de una manera más complicada que el filósofo griego a quien bastara un día y una noche. Mr. Scott-Elliot no admite menos de cuatro catástrofes mayores y un sinnúmero de menores. « La primera tuvo lugar en la época miocena, hace más o menos ochocientos mil años. La segunda, de menor importancia, se produjo hace al rededor de doscientos mil años. La tercera, que ocurrió hace más o menos ochenta mil años, fué considerable; destruyó todo lo que quedaba del continente atlántico, a excepción de la isla que Platón designa bajo el nombre de *Poseïdonis*, y que fué sumergida a su vez en la cuarta gran catástrofe final, en el año 9564, antes de Jesucristo (3)! »

Tal es la obra que comentamos, más por espíritu de curiosidad que con ánimo irreverente. Nosotros, no iniciados en los

(1) *Ibidem*, páginas 88-91.

(2) ALEJANDRO SUX, *Ha existido el continente Atlántico*, en *La Prensa*, 19 de febrero de 1922.

(4) SCOTT-ELLIOT, *Obra citada*, páginas 13-14.

graves secretos de la teosofía y devotos solamente de la verdad científica, no podemos comprender el inmenso valor que la obra encierra, ni las búsquedas minuciosas y seguidas a que ha debido dedicarse, para componerla, más de una persona calificada (1).

¿Es posible creer, después de lo leído, que pueda darse sobre los Atlantes una más precisa información? El lector no versado en la materia contestará, por mero buen sentido, que no se puede llegar a conocer más minuciosamente aquella civilización. Sin embargo, y contra todo lo que podía esperarse, las informaciones de Mr. Scott-Elliot han sido superadas. El señor Michel Manzi es el autor del difícil «record». En efecto, basándose en el libro del teósofo inglés, lo ha completado con muchísimos detalles, dentro de la lógica teosófica más estricta. Así, donde Mr. Scott-Elliot recuerda el cuño de las monedas de la Atlántida, Manzi agrega que Neptuno y su tridente eran su alegoría (2), y si el primero nos habla de carros arrastrados por animales extraños, el segundo precisa que se trata de leones y jaguares y nos muestra un pequeño cuadro de la vida atlante: « Los habitantes ignoraban nuestro paso apresurado y ansioso. Iban negligentemente en coches tirados por leones y jaguares, o pasaban sobre caballos ricamente enjaezados, o sobre monstruosos elefantes. O bien, se les veía en los aires, en su máquina volante, marchar zumbando como gigantescos insectos (3). » Manzi ha llegado a desentrañar hasta los datos más pequeños; así, por ejemplo, sabemos que los atlantes poseían enseñanza gratuita, pero no obligatoria, conocemos sus planes de estudio (4), sus manifestaciones artísticas y su desenvolvimiento (5), y poseemos una magnífica descripción de su capital — Cerné, o la Ciudad de las Aguas, — así llamada por su perfecto sistema de irrigación conseguido por vastas obras de endicamiento (6)

(1) *Ibidem*, página 8.

(2) MICHEL MANZI, Obra citada, página 48.

(3) *Ibidem*, páginas 109-110.

(4) *Ibidem*, páginas 73-74.

(5) *Ibidem*, páginas 97-100.

(6) *Ibidem*, página 103.

que le permitían parecer un inmenso jardín. « Los famosos jardines suspendidos (de Babilonia), no eran más que un recuerdo de los de Cerné, pero un « bibelot », un juguete, comparados con los otros. El jardín de las Hespérides, el Edén, todos los paraísos famosos de las viejas religiones que tienen por culto la leyenda histórica de los atlantes, no son más que recuerdos de la maravillosa Cerné (1). » La población de esta ciudad de dos millones de habitantes era muy religiosa, poseía torres desde donde adoraba a su dios, el sol. « Era allí, donde, cada mañana y cada tarde, cuando el sol nace y muere, después del sacrificio cumplido del día, subían los sacerdotes para saludar al astro naciente o al astro muriente. Recitaban plegarias, quemaban incienso, salmodiaban letanías, se respondían de una torre a otra, mientras que muy dulcemente sonaban las campanas y erraban en el aire quejas vagas de instrumentos de música y cantos de sacerdotisas arrodilladas en los patios y en los jardines. Entonces toda la ciudad estaba en oración, pues de cada casa privada se elevaba igualmente una torrecilla, donde el padre, su mujer, sus hijos, subían a recitar, mañana y tarde, las plegarias al sol (2)! » Éstas son, sin duda, descripciones a las que no hace falta ser verdaderas para ser bellas. Cerné poseía, además, puentes suspendidos y un hotel gratuito de inmigrantes (3). Pero no todas eran bellezas en aquel maravilloso país; la avariosis hacía estragos y no existía cuerpo médico organizado (4). En cambio, los atlantes procedían, en la forma moderna, al fomento de la raza caballar (5).

El feminismo estaba en auge. Las mujeres podían ser sacerdotisas, consejeras, prefectas y gobernadoras de provincia. Había, igualmente, regimientos de mujeres. Las esposas acompañaban a los maridos a la guerra y la caza, y fumaban en pipa como aquéllos (6). Bebían sangre y desdeñaban la carne de cerdo

(1) *Ibidem*, páginas 49 y 105.

(2) *Ibidem*, página 95.

(3) *Ibidem*, páginas 108 y 110.

(4) *Ibidem*, páginas 74 y 88.

(5) *Ibidem*, páginas 75 y 107.

(6) *Ibidem*, páginas 85-87 y 101.

a causa de la triquina (1)! Por eso, cuando Manzi nos dice que « las mujeres eran coquetas » y que « ese defecto (¿por qué defecto, preguntamos?) no data de nuestros días » (2), confesaremos que no podemos darnos bien cuenta en qué consistía la coquetería en mujeres tan poco femeninas.

Nos es imposible seguir, paso a paso, la imaginaria descripción de la religión atlante (3), recordando tan sólo que « la cruz era el símbolo atlante de la inmortalidad del alma » (4); ni el examen de su sistema comunista de repartición de la propiedad (5), calcado de lo que sabemos del sistema peruano primitivo, y que resultaba tan bueno, que « un pobre de la Atlántida era como entre nosotros un burgués acomodado » (6), contando con el retiro, a cargo del Estado, al llegar a los 45 años de edad (7); aun cuando no sabemos cómo se concilia la existencia de aquel sistema con el establecimiento de la esclavitud y de las bolsas de comercio de que nos habla Manzi. Igualmente, nos será imposible demorarnos en comentar la lucha entre los dos emperadores, el blanco y el negro (¿el principio del bien y el del mal?), que constituye el capítulo VI, consagrado a la « historia política » (?) de la Atlántida.

Llegamos, por último, a conocer los descendientes actuales de los atlantes y su parentesco entre sí. No hay duda que ésta es una de las partes más divertidas de este hilarante libro. Así, « El hombre de Furlooz sería un Rmoahal de la decadencia. El hombre de Cro-Magnon es un Tlavathi. Nuestro Bretón no es más que el hermano del Inca. » « Los vascos, los etruscos, son los descendientes de los atlantes semitas. España, Provenza, Italia, habían sido colonizadas por ellos. He aquí, por qué los vascos y los etruscos son un misterio para nuestra ciencia moderna. Corsos, vascos, etruscos, sardos, bretones, escandinavos,

(1) *Ibidem*, página 88.

(2) *Ibidem*, página 100.

(3) *Ibidem*, páginas 56-66, 72-79.

(4) *Ibidem*, página 101.

(5) *Ibidem*, páginas 87-89 a 92.

(6) *Ibidem*, página 109.

(7) *Ibidem*, página 90.

lapones, son los descendientes de ese fiero pueblo atlante que había dominado el mundo. Son los hijos de los dioses (1)», pues, «en todas partes donde se lee los dioses se puede leer los atlantes (2)». «El tipo *chouan* es un tipo atlante casi puro (3).» «Las islas Canarias, las Azores, las islas de Cabo Verde, han sido colonizadas por los atlantes. Los guanches descienden de ellos (4).» «Los pieles rojas son casi todos sus descendientes degenerados. Los patagones son los restos actuales de los Tlavathis (5).» Es en virtud de este parentesco, que «pieles rojas del Canadá podrían comprender sin dificultad a un vasco (6)». Sin embargo, su principal colonia fué el Egipto. «Los fellahs son actualmente los descendientes de los atlantes.» Y merece conocerse la disparatada historia de esa colonización, con todas sus imprevistas alternativas (7).

El señor Manzi, que tan suelto de cuerpo narra los altos hechos de los «hombres rojos», anda un poco atrasado de noticias en toda aquella historia que no conoce por revelación teosófica. Refiriéndose a los normandos, nos dice que, navegantes de aquel país, llegaron a América y se quedaron (8). El autor ignora que las visitas de los normandos a las costas de América sólo fueron accidentales y breves, y no respondieron nunca a un verdadero plan de colonización.

Pero estas son, sin duda, minucias en que no vale la pena detenerse. No es, acaso, mucho más interesante saber que «es de Egipto que nos han venido las flores del bien y del mal, los árboles de la vida, los árboles de la ciencia. Ella ha nutrido a Moisés y a Orfeo. Y sus discípulos han sido Ram, Fohi, Khristna, Zoroastro, Platon, Pitágoras, Jesús. Todos han sido los iniciados en estos templos, que contenían, escondida bajo un triple

(1) *Ibidem*, páginas 121-122.

(2) *Ibidem*, página 114.

(3) *Ibidem*, página 123.

(4) *Ibidem*, página 124.

(5) *Ibidem*, página 129.

(6) *Ibidem*, página 32.

(7) *Ibidem*, páginas 124-128.

(8) *Ibidem*, página 131.

velo, a Isis, la virtud, la diosa misteriosa de los atlantes (1)»!

Al llegar al final de este comentario, nos asalta una duda. ¿No será este libro el producto de una broma, de una «fumistería» muy francesa? El nombre de su prologuista — M. Francis de Miomandre — no hace más que aumentar nuestras sospechas, y éstas crecen de punto cuando leemos en las primeras líneas del prefacio el concepto que, en opinión de Miomandre, corresponde al autor por sus obras anteriores: «Aparecía, en efecto, como un sabio muy advertido, pero muy escéptico, como un conocedor un poco desencantado de nuestras costumbres y de nuestra vida social, como un humorista, en una palabra, pero un humorista de una cualidad superior, no llevando sus ironías más que sobre seres y cosas en las que el vulgo no sospecha lo cómico (2)». Y estas palabras quizá sean la clave del libro.

Pero, aquí para entre nosotros, ¿no está justificado el título del capítulo?

VI

CONCLUSIONES

La leyenda de la Atlántida no es admisible en virtud de las siguientes razones de orden crítico:

1ª Los estudios paleogeográficos, geológicos y de la corteza submarina han determinado la posibilidad de la existencia, en épocas netamente prehistóricas (era terciaria) de tierras comprendidas entre las actuales islas de Cabo Verde, Azores, Madera y Canarias. Pero su antigüedad excluye toda posibilidad de que existiese una Atlántida con las características que describe Platón;

2ª Los rastreos submarinos efectuados no han arrojado luz alguna sobre los restos que deberían haberse encontrado en el caso de que una gran civilización hubiese desaparecido bajo las aguas;

(1) *Ibidem*, páginas 133 y 68.

(2) *Ibidem*, prófate, I.

3ª Los estudios de flora y fauna nos demuestran coincidencias entre las correspondientes a Europa y América y el grupo de las islas arriba mencionado constituye una provincia zoográfica y fitográfica bien definida. Sin embargo ello no prueba nada con respecto a la antigüedad del hundimiento de aquel territorio;

4ª Los estudios etnográficos y lingüísticos, así como las investigaciones sobre estado social, tradiciones y focklore de los primitivos pobladores de América, no es más probatoria;

5ª Todo ello, si bien puede permitir creer en la posibilidad y existencia de comunicaciones anteriores al descubrimiento efectuado por Colón, no son suficientes para probar eficientemente la verisimilitud de la leyenda.

LA LEYENDA DEL FU-SANG

I

LA LEYENDA

La pátina del tiempo proporciona a esta leyenda un aspecto venerable. La primer noticia de su existencia la encontramos en una narración del escritor chino Ma-Twan-Lin. Traducida por De Guignes, y comentada por éste en un extenso artículo publicado en una revista científica (1), permaneció durante largo tiempo sin volver a ser mencionada. Sólo setenta años después, Klaproth (2) abrió la discusión acerca de la verdad histórica que encerraba, y esta discusión ha subsistido, con pequeñas variantes, hasta nuestros días. Tan prolongada controversia sugiere la idea de un mal planteamiento de sus términos. ¿Será posible obtener una solución definitiva, dentro

(1) DE GUIGNES, *Le Fou-Sang des chinois est-il l'Amérique ?*, en *Mémoires de l'Académie des inscriptions*, tomo XXVIII, París, 1761.

(2) KLAPROTH, *Recherches sur le pays de Fou-Sang, mentionné dans les livres chinois et pris mal-à-propos pour una partie de l'Amérique*, en *Annales des voyages*, tomo XXI, segunda serie, París, 1831.

del actual estado de los conocimientos históricos ? El presente estudio aspira a servir de contribución para ese objeto.

El texto de la leyenda figura, aunque fragmentariamente, en casi todos los estudios que sobre ella se han hecho. Cabe recordar, entre los autores más fácilmente consultables, a Cronau (1) y Benchat (2). Como edición cuidada debe recomendarse la de Vinning (3), que al texto original de Ma-Twan-Lin, agrega la traducción francesa del académico De Guignes, una crítica de ésta, y una nueva versión, depurada, en idioma inglés, aunque no puedan aceptarse las conclusiones a que el autor norteamericano arriba.

Despojada la leyenda de toda la parte accesoria, puede concretarse en la siguiente forma:

En el año 499, un sacerdote budista, de nacionalidad china, llamado Hwei Shin, había regresado a China, de vuelta del país del Fu-Sang. Éste quedaba a 20.000 *li* al este de Ta-han y recibía su nombre del gran número de árboles extraños que se llamaban de aquella manera. Las hojas del árbol del Fu-Sang eran comestibles; producía permanentemente frutos encarnados del tamaño de peras, que podían conservarse durante un año entero, y su corteza proporcionaba hilo que se utilizaba para hacer vestidos. Éstos variaban de color según las estaciones. Sus habitantes desconocían el hierro y apreciaban muy poco el oro y la plata; el cobre existía en abundancia. Hacían sus casas de madera y no rodeaban a sus ciudades de murallas. No utilizando los metales, desconocían las armas y el arte de la guerra. Conocían la escritura y el árbol de Fou-Sang les proporcionaba el papel, que obtenían macerando sus fibras. Existían en el país bueyes domesticados que servían para trasladar carga. Sobre

(1) CRONAU, *América*, traducción española, tomo I, página 133-138, Montaner y Simón, editores. Barcelona, 1892.

(2) BENCHAT, *Manuel d'archéologie Américaine*, Picard, editor. París, 1913, página 5. Hay traducción española de Domingo Vaca, página, 4-6. Daniel Jorro, editor, Madrid, 1918,

(3) VINNING, *An inglorius Columbus, or evidence that Hwui-Shin and a party of buddhis monks of Afghanistan discovered America in the 5th century*. Appleton, editor, New York, 1885.

sus largos cuernos podían llevar una carga enorme: 20 *ho*, equivalentes a diez medidas de quince litros. Se les domesticaba como a nuestro ganado y con la leche de las hembras se hacía queso. Los habitantes poseían coches a los que estos animales — así como caballos y ciervos — arrastraban.

El régimen imperante era la monarquía. El rey se llamaba *I-Ki*. Le acompañaba un séquito de tambores y trompetas. Bajo su imperio existían tres clases o castas de nobles: *tai-lú*, pequeños *tai-lu* y *nato-tcha*.

Nada nos dice la leyenda de las características de la religión primitiva, pero, en cambio, nos relata el proceso de la iniciación de los pobladores del país del Fu-Sang en los misterios de la religión búdica. Y así sabemos que en el segundo año del período *Taming* de la dinastía de los Song — que equivale al año 458 de la era cristiana, — cinco *bhikshus* o monjes mendicantes fueron del reino de *Ki-ping* (Afghanistan) al país de Fu-Sang. Propagaron allí las leyes, libros e imágenes budistas. Por sus enseñanzas y su ejemplo convirtieron a las gentes modificando sus costumbres y les hicieron comprender y amar a Buda. La ida y el regreso motivaron un largo viaje por mar.

Tal es la leyenda. Veamos ahora cuáles son las consecuencias que de ella pueden sacarse, sometiendo su estudio a un riguroso criterio histórico, con la objetividad indispensable al investigador.

II

DELIMITACIÓN DEL PUNTO ESTUDIADO

Hemos anticipado en las primeras líneas de esta monografía el temor de que la discusión acerca de la identidad del país del Fu-Sang con las tierras americanas, pueda ser alentada por la falta de un planteamiento exacto de la cuestión. En efecto, se nota en las páginas de los defensores de esa tesis, que a menudo confunden en su argumentación dos hipótesis históricas diferentes: la leyenda que estudiamos, por una parte, y las comunicaciones entre el Asia y América, por otra. La primera, más reducida, puede ser estudiada por quienes aborden el problema que

plantea la segunda. El caso inverso, en cambio, no es posible. La leyenda del Fu-Sang presenta, concretamente, el caso de una comunicación asiático-americana, de características propias. No pueden aceptarse, por ello, como probatorios, argumentos que no se refieran directamente a ella. Así, por ejemplo, el hecho de que la travesía por el estrecho de Behring pueda efectuarse — y se efectúe — en frágiles y primitivas embarcaciones, gracias a las numerosas islas existentes (1), no significa un argumento en favor de la realidad de la leyenda, la cual supone un largo viaje por mar y en una dirección no concordante. De igual manera, las similitudes que autores como Castañeda de Nágera, encuentran entre la civilización de los indios que describen y la de los habitantes de « la Gran India », no tiene tampoco relación con la leyenda ni puede servirle de apoyo (2).

El problema consistirá, entonces, en examinar la flora y la fauna americana, las poblaciones y sus usos y costumbres, organización social y lenguaje, para tratar de encontrar en ellas elementos comunes a los que refiere la leyenda. Todo aquello que no se refiera directamente al relato de Hwei-Shin, deberá ser desechado, pues es necesario recordar que la demostración de una comunicación entre los habitantes de Asia y América, no tendría por efecto el reconocimiento de la verisimilitud de la leyenda. Por otra parte, está demostrado fundadamente, de acuerdo con los datos científicos que proporcionan la antropología y la arqueología prehistóricas, que esta comunicación ha existido desde tiempos muy remotos, en épocas probablemente mucho más antiguas que aquellas en que se sitúa el texto de Ma-Twan-Lin.

Las conclusiones a que deberemos arribar consistirán en la determinación de si las tierras de Fu-Sang son identificables o no con parte alguna de América, y en virtud de qué razones de orden crítico llegamos a este resultado.

Antes de entrar a la discusión de las consideraciones plan-

(1) WRANGEL, *Le nord de la Sibirie*, tomo I, página 249.

(2) PEDRO DE CASTAÑEDA DE NÁGERA, *Relation du voyage de Cibola, entrepris en 1540*, en *Collection Ternaux Compans*, tomo IX, páginas 183-184, París 1838.

teadas por sostenedores y adversarios de la leyenda, era necesario delimitar el problema planteado. Ello nos evitará, circunscribiendo el terreno, estudiar asuntos que nos sean extraños, al par que dedicar toda nuestra atención a los que resulten substanciales. La precisión de los términos facilitará la solución final.

III

DISCUSIÓN DEL PROBLEMA

Hemos visto que las afirmaciones de De Guignes fueron rebatidas largo tiempo después por Klaproth. A la publicación que éste hiciera en 1831, le sucedió otra dos años después (1). En ambas sostenía, no sin razón, que más factiblemente que al Nuevo mundo, el relato de Ma-Twan-Lin se refería al Japón, a cuya costa sudeste deberían haber arribado los cinco *bhikshus*. En efecto, las características de la leyenda se ajustan mucho más al Imperio del sol naciente, con sus castas de nobles y sus vehículos de arrastre. Sin embargo, en 1844, H. de Paravey volvía a plantear la cuestión y la resolvía a favor de De Guignes (2), basándose quizá en un precedente trabajo de Neuman (3). Al año siguiente Manuel Crisóstomo Naxera publicaba a doble texto — latín y español — una *Disertación sobre la lengua othomi* (4), la cual era comentada en 1853 por Ampère en la *Revue des Deux Mondes* (5). Naxera creía en la similitud de aquel idioma indígena con el de los expedicionarios. Al efecto, recordaba gran número de palabras que teniendo igual sentido se pronun-

(1) KLAPROTH, *Ost-Asien und West-Amerika*, en *Zeitschrift für allgemeine Erdkunde*, Berlin, 1833.

(2) H. DE PARAVEY, *L'Amérique, sous le nom de Fu-Sang, est elle citée des le V^e siècle, dans les grandes Annales de la Chine, et des lors les samanéens de l'Asie centrale et du Caboul y ont-ils porté le bouddisme?* Truttel y Wurtz, editores, París, 1844; y en *Annales de philosophie chrétienne*, tomo IX, 3^e serie, 1844.

(3) FRIEDEBICH NEUMAN, *Le recit d'Hoei-Shin avec commentaires*, 1841.

(4) MANUEL CRISÓSTOMO NAXERA, *Disertación sobre la lengua othomi*, 1845.

(5) AMPÈRE, *Revue des Deux Mondes*, 1853.

ciaban de manera casi igual. Pero esta similitud es sólo aparente, fundándose, ya en vagas semejanzas fonéticas, ya en la existencia de raíces universales. Ampère cuya gran reputación en otras materias es evidente, la utiliza para dar a su artículo una notoriedad y un valor que en sí mismo no posee. Y estas manifestaciones de Naxera y Ampère se robustecen, sin embargo, cuando el gran lingüista José Pérez se declara partidario de la existencia en América del país de Fou-Sang (1). Dos años después era Gustavo d'Eitchtal el que aportaba, en igual sentido, su concurso (2). Es entonces cuando Vivien de Saint-Martin se presenta a rebatir esta teoría (3). Al efecto comienza por demostrar que la distancia de 20.000 *li*, de que habla la leyenda, no debe considerarse más que como una gran lejanía, sin valor numérico preciso, ya que el signo *wan*, 10.000, que entra en la composición de la palabra 20.000, en la escritura china, tiene diferentes significados, pero que aplicados a la categoría de tiempo dan la idea de eternidad (4). También se ha discutido posteriormente, con respecto al *li*, si corresponde a medida de espacio o de tiempo. Nuestra opinión personal, fundada en el examen de diversas poesías chinas, es que se trata de una medida de esta última especie (5). Vivien de Saint-Martin reconoció, también,

(1) JOSÉ PÉREZ, *Memoire sur les relations des anciens américains avec les peuples de l'Europe, de l'Asie et de l'Afrique*, en *Revue orientale et américaine*, tomo VIII, 1862.

(2) GUSTAVE D'EITCHTAL, *Des origines asiatico buddiques de la civilisation américaine*, en *Revue archeologique*, 1864-1865.

(3) VIVIEN DE SAINT-MARTIN, *Une vieille histoire remise à flot*, en *Année géographique*, 1865.

(4) BEUCHAT, Obra citada, página 6, nota 1.

(5) Merece citarse a ese respecto un pequeño y elegante volumen de traducciones de poesías chinas debido a los cuidados del gran orientalista FRANZ TOUSSAINT, *La flude de jade*, edición de arte de H. Piazza, editor (Vingtième édition). Véase particularmente las siguientes poesías: *La Gloire* (págs. 27-28), *La chanson des Quatre Saisons* (pág. 38-40) y *Les femmes de Pa* (pág. 142), de Li-Tai-Po, que floreció en los años 702-763 de nuestra Era; así como la titulada *A la frontière* (págs. 158-159), firmada por Soung-Chi. Todas ellas favorecen nuestra interpretación. Igualmente puede consultarse: EDOUARD CHAVANNES, *Contes et légendes du bouddhisme chinois*. Edition Bossard. París, 1921. Esta obra se encuentra acompañada de un prefacio y de un vocabulario de Sylvain Lévi. En este último lee-

en el árbol del *fu-sang* al *hibiscus rosasinensis*. Algunos autores, de los que identifican el Fou-Sang con América han creído que se tratara del magüey, pero la simple comparación de sus características con las del árbol de la leyenda aleja esta sospecha. Por otra parte, no ha habido ningún pueblo americano cuya civilización girase alrededor de un árbol o de la explotación de sus frutos, como Ma-Twan-Lin lo describiera. El ilustre historiador de la geografía es uno de los grandes impugnadores de la leyenda, pero todas sus críticas no impidieron que, en 1868, el doctor Godron volviera a la carga (1), siendo contestado por el doctor Brestschneider (2) que llamó al país de Fu-Sang *terra incognita nec non dubia*.

Llegamos así al Congreso de americanistas de Nancy, donde se discute extensamente la cuestión. M. Foucaux, profesor del Colegio de Francia, presenta una nota sosteniendo la veracidad de la leyenda y la identidad de Fu-Sang con alguna parte de América; considera que la cuestión es importante y solicita al Congreso que se pronuncie sobre el particular (3). Desde un principio, la moción del profesor Foucaux tiene mala suerte. Es comentada por León de Rosny, que ha sido su lector, y éste se pronuncia en contra de lo que aquél sostiene (4). Con tal motivo se provoca una discusión en la que intervienen en favor de Rosny, el Doctor Dally, presidente de la « Société d'anthropologie » de París (5), Torres Calcedo (6) y Frédéric de Hellwald (7).

mos (pág. 213): « *Li, unité de mesure des distances en Chine, dont la longueur varié avec les époques ; plusieurs centaines de mètres.* »

(1) DOCTOR GODRON, *Une mission bouddhiste en Amérique, au V^e siècle de l'ère chrétienne*, en *Annales des voyages* (sept. 1868).

(2) DOCTOR BRESTSCHNEIDER, *Chinese recorder and missionary journal*, Hong Kong, octubre 1870. (Citado por Adam.)

(3) FOUCAUX, *Les relations qu'on pu avoir ensemble, au comencements de notre ère, les bouddhistes d'Asie et les habitants de l'Amérique*, en *Comptes rendus du Congrès international des américanistes*, tomo I, páginas 131-134, Nancy, 1875.

(4) *Comptes rendus du Congrès international des américanistes*, Nancy, 1875, volumen I, páginas 136-140-144.

(5) *Ibidem*, página 141.

(6) *Ibidem*, página 142.

(7) *Ibidem*, páginas 143 y 161.

Por último, Lucien Adam produce una extensa y lucida exposición en la que acaba de rebatir, totalmente, los conceptos de la nota del profesor Foucaux (1). Terminada la minuciosa conferencia de Adam, el profesor Joly, de Toulouse, pregunta si los bueyes de que habla la leyenda no serán las llamas, y esta ingenua interrogación es respondida mesuradamente por el exposante quien asegura al catedrático tolosano que un buey no puede ser confundido con una llama ni aún por un chino y que Fu-Sang sería el Perú y no Méjico, cosa imposible porque superaría la distancia y quedaría fuera de la dirección a que se refiere la leyenda (2). El profesor Joly, sin embargo, no se desanima y vuelve a preguntar por qué razón no habría podido encontrar Hoei Shin caballos en América. ¿No existía una raza caballar indígena? ¿No se han encontrado en diversos yacimientos huesos de caballos? Y pide, por ello, se hagan reservar hasta estudiar mejor la cuestión (3). A esto cabe responder que la raza caballar indígena desapareció, en América, en tiempos netamente prehistóricos, como lo demuestran los últimos estudios hechos al respecto. Con todo la leyenda quedó netamente desprestigiada en el Congreso de Nancy, lo que no impidió a Ch. G. Leland (4), en el mismo año y a D'Hervey de Saint-Denis (5), en el siguiente, hacerla suya. Y Schmidt en el Congreso de americanistas reunido en Berlín, en 1888, desempeñó el papel que tan brillantemente asumiera Lucien Adam en el de Nancy. Las últimas desautorizaciones a la leyenda han partido de G. Schlegel (6) — autor que ha demostrado que el texto de Ma-Twan-Lin se refiere a la Corea o a la isla de Sajalín, lo que reduce consi-

(1) *Ibidem*, páginas 144-161.

(2) *Ibidem*, páginas 162-163.

(3) *Ibidem*, página 163.

(4) CH. G. LELAND, *Fu-Sang or the discovery of America by chinese buddhist piest in the 5th century*, London, Trübner, editor, 1875. (Citado por Beuchat.)

(5) D'HERVEY DE SAINT-DENIS, *Le pays connu des anciens chinois sous le nom de Fou-Sang*, en *Memoires de l'Académie des inscriptions*, 1876. (Citado por Beuchat.)

(6) G. SCHLEGEL, *Fou-Sang*, T'ounglao, 1892. (Citado por Beuchat.)

derablemente la magnitud de la hazaña — y a Cronau (1), que se inclina por la tesis de Vivien de Saint-Martin. Por último, Beuchat (2), en forma erudita, y José Velazco García (3), en forma llana, ambos sintéticamente, se han referido a ella. Ambos, también, la han rechazado.

La leyenda está hoy completamente desprestigiada y el padre Hyacinthe (4) ha podido llamarla *a consummate humburg* (un consumado embuste). No merece ocupar, en un libro de historia americana, más que el espacio que le dedica Carlo Errera en una de sus bellas obras: debe recordársela simplemente en una nota, a título de curiosidad (5). En efecto, todo aconseja desecharla. Si es cierto que en estas costas americanas, a espaldas de Castilla del Oro (Panamá), del Ecuador al grado 34 hay continuamente llegada de trozos de juncos japoneses y chinos y restos de plantas de origen asiático, el estudio de los vientos alisios, reinantes en la región, admite la llegada pero no el regreso. Por otra parte, ¿esas corrientes marinas que sirven de vehículo tienen una data tan grande? No es posible contestar afirmativamente sin vacilaciones. Las corrientes no parecen ser siempre permanentes y quizá intervenga en ello la desviación del norte magnético. Y si a la altura de la isla Trinidad se pierde la corriente marina de regreso, ¿cómo podrían haber vuelto a su país los misioneros? Por último, aún admitiendo la posibilidad de comunicaciones completas, sería abusivo querer probar por ellas la expedición a que se refiere Ma-Twan-Lin. De igual manera, en la época de Humboldt (6) se pretendía identificar la civilización del Fu-Sang con la azteca, sin recordar que en la época en que se sitúa la leyenda el im-

(1) CRONAU, Obra citada, tomo I, páginas 133-138.

(2) BEUCHAT, Obra citada, páginas 4-6.

(3) JOSÉ VELAZCO GARCÍA, *Historia del mundo en la edad moderna*, edición de *La Nación*, tomo XXIII, capítulo II, página 106, Buenos Aires, 1913.

(4) PADRE HYACINTE, *The people of Central Asia* (citado por Adam).

(5) ERRERA, *L'epoca delle grande scoperte geografiche*, 2ª edición, Ulrico Hoepli, editor, página 7, nota 1, Milán, 1910.

(6) HUMBOLT, *Vues des cordilières et des monuments des peuples indigènes de l'Amérique*, tomo I, páginas 31-39; y *Cosmos*, tomo II.

perio de los aztecas no existía. Las reiteradas reapariciones de la leyenda, han permitido a un historiador, que es también sin duda un ironista, compararla con la serpiente de mar: « La leyenda del Fu-Sang es una verdadera serpiente de mar científica », nos ha dicho (1). Y por ello debe ser rechazada por todos aquellos que se ocupen de ciencia.

IV

CONCLUSIONES

En virtud de todo lo expuesto y de otras consideraciones que se omiten por demasiado sabidas, es posible llegar a las siguientes conclusiones :

El territorio designado por la leyenda con el nombre de Fu-Sang, no es identificable con América, en virtud de las siguientes razones de orden crítico :

1ª La cantidad de 20.000 *li* — ya sea considerada como medida de espacio o de tiempo — no debe entenderse en su sentido estricto, sino como designación de una gran distancia, sin valor numérico exacto;

2ª Las posibles migraciones asiáticas a América — en épocas netamente prehistóricas — no tienen relación alguna con la leyenda y sólo pueden servir para explicar algunas similitudes morfológicas o lingüísticas, por otra parte, hasta ahora poco concluyentes;

3ª La posibilidad de un paso asiático-americano por el estrecho de Behring, no influye en la verisimilitud del contenido de la leyenda, ya que ni en Alaska, ni en la parte norte (Canadá-Estados Unidos) del continente, se han encontrado restos arqueológicos de importancia, como para sospecharse la existencia de una civilización. Los expedicionarios budistas habrían tenido necesidad de descender hasta Méjico o Yucatán, para hallar una organización social parecida a la que describen;

4ª No es posible comparar las propiedades del magüey — o

(1) FRÉDÉRIC DE HELLWALD, *Comptes rendus du Congrès international des américanistes*, volumen I, página 161, Nancy, 1875.

de cualquier otro árbol americano — con las maravillosas del árbol del Fu-Sang y de sus frutos legendarios. No ha habido tampoco ningún pueblo americano cuya civilización girase al rededor de un árbol o de la explotación de sus frutos;

5ª La leyenda habla de caballos, ciervos y bueyes de grandes cuernos. Las dos primeras especies desaparecieron de América del Norte en épocas prehistóricas. El caballo fué posteriormente introducido por los conquistadores. El único animal de carga que los indígenas poseían (y sólo los del Perú) era la llama, que no puede ser confundida con los anteriormente nombrados. Por otra parte, en América no existían vehículos de arrastre;

6ª Las similitudes que se han creído encontrar entre la lengua china y la othomí (Naxera, Ampère), o entre la primera y otros dialectos americanos, reposa ya en vagas semejanzas fonéticas, ya en la existencia de raíces universales, y son, en general, poco comprobatorias. Conociendo como se forma un idioma, es difícil suponer que cinco frailes budistas, en una visita esporádica y breve a las costas de América hayan podido dejar, sin conocimiento previo del idioma primitivo, una honda huella en la construcción idiomática de los nativos;

7ª El conocimiento de las sanguinarias prácticas religiosas de los primitivos pueblos de América, es otra prueba en contra de la veracidad de la leyenda. El budismo es una religión de bondad que ha abandonado casi totalmente todas las austeridades brahmánicas, exceptuando el ayuno;

8ª La pre y protohistoria americana ha presenciado múltiples guerras y el desmembramiento y la esclavitud de muchos pueblos. Sus grandes civilizaciones han sido conquistadoras. Mal se aviene este carácter combativo con el texto de la leyenda que presenta a los aborígenes bajo un aspecto idílico, ajenos a todo proyecto guerrero y desconociendo las armas.

FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA.